

José Joaquín Brunner, *América Latina, cultura y modernidad*, México, CNCA/Grijalbo, Colección Claves de América Latina, 1993.

¿Puede América Latina ser moderna? ¿Es la cultura latinoamericana una experiencia indescifrable desde los criterios de la cultura occidental, o puede por el contrario leerse desde la modernidad elaborada por el occidente mundial? ¿Macondo o Copala —como podríamos decir desde México— representan la esencia de la cultura latinoamericana: mágica, telúrica, naturalista y mítica, en última instancia dualista y estratificada? ¿Cómo construir una política cultural democrática en un mundo de competencia y mercantilización de los bienes simbólicos?

Estas y más preguntas acosan las reflexiones de José Joaquín Brunner en la colección de ensayos de la obra reciente del autor que nos entrega el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la editorial Grijalbo, en su nueva colección *Claves de América Latina*, de la cual no podemos menos que congratularnos por su oportunidad, tanto más notable por la inhibición de la reflexión latinoamericanista en nuestro país en los últimos años.

El trabajo reciente de José Joaquín Brunner no es desconocido para los especialistas de las ciencias sociales. El grupo de sociólogos y politólogos del cual forma parte, y que gira institucionalmente alrededor de FLACSO Santiago, compuesto por él, Norbert Lechner, Carlos Catalán, Manuel Antonio Garretón y otros más, constituye uno de los polos de desarrollo intelectual de América Latina más fructíferos e imaginativos de los últimos años. Sus reflexiones sobre las transformaciones recientes de su sociedad y del conjunto de las sociedades latinoamericanas forman parte ya de un pensamiento cuyo conocimiento es indispensable para los interesados en estudiar la relación de la cultura con el desarrollo actual y el futuro inmediato de América Latina. Brunner ha tenido una influencia particularmente notable en el último periodo por sus trabajos sobre cultura y educación, especialmente sobre la educación superior, que en gran medida abarca el debate que se desarrolla no sólo sobre y en el seno de las universidades mexicanas, sino en las del conjunto del subcontinente.

¿Por qué los estudios culturales son atractivos actualmente para los sociólogos e intelectuales latinoamericanos cuando por largo tiempo fueron

un tema refractario al análisis de los especialistas? Ha tenido que ver —nos dice Brunner— para el alejamiento de aquella concepción aristocratizante, limitada a pensarla exclusivamente como alta cultura, o de aquella otra que simplemente la consideraba como un epifenómeno de los procesos de producción y reproducción de la sociedad, una transformación de las condiciones sociales de Latinoamérica durante los años ochenta. Por una parte, el descubrimiento de que frente al autoritarismo existen mecanismos de oposición que no habían sido considerados por los análisis tradicionales: círculos de estudios, grupos de educación popular, comunidades de base, movimientos artísticos, revaloración de los derechos humanos, etcétera, por otra, la aceptación de que tras la violencia autoritaria había un proyecto que reorganizaba el imaginario social reconstruyendo las relaciones sociales a través de corporaciones, de la ampliación de la esfera de lo privado, de la construcción de una ideología del miedo, de la seguridad, del consumo, etcétera, otro elemento más a considerar es el desarrollo de los grandes procesos de masa que dieron ahora un lugar central a la reflexión sobre las instituciones culturales: escuela, medios de comunicación, industrias culturales, consumo cultural, finalmente el descubrimiento de que desde la cultura se iba gestando un nuevo modo de hacer política.

La reflexión sobre la cultura pasó entonces, piensa Brunner, a ocupar un espacio central. Brunner nos ha dado ejemplo de ello en sus trabajos sobre la democracia y en la necesaria discusión del lugar que ésta ocupa en los proyectos de los distintos agentes sociales: la izquierda, las burocracias autoritarias, los partidos políticos, la sociedad civil, etcétera. Es por ello que la discusión de las políticas culturales ocupa un lugar privilegiado en su pensamiento. ¿Cómo hacer política en el terreno de la cultura? ¿Con qué criterios hay que emprender —a través del empleo de medios eficaces que procuren obtener efectos deseados— diseños deliberados de intervención en el campo de la cultura? ¿Hasta dónde es posible una política sobre la cultura? ¿Esta última, en todo caso, consiste en fijar contenidos a la acción cultural o más bien en crear los medios de distribución de recursos para que distintos agentes puedan realizar actividades culturales? ¿Una política cultural consiste en marcar el espacio de la disputa por la conducción ideológica de la sociedad o sólo de los modos en que es posible contender por el público o públicos en el mercado de los bienes simbólicos?

Para Brunner, la política aplicada a la cultura tiene posibilidades modestas pues afortunadamente, según él, su espacio es mucho más complejo como para ser manipulado por la acción instrumental de lo político.

Sobre la cultura, más que una definición, Brunner —animado por su reflexión sobre el pensamiento posmoderno del que mantiene una prudente distancia crítica— propone, como los grandes ensayistas intelectuales latinoamericanos, una imagen o una metáfora. Concibe la modernidad latinoamericana como una ficción, como un resultado espurio de la imposición de Occidente en una América Latina indígena, católica y antiseccular, que al decir de Octavio Paz, múltiplemente citado por Brunner, luego de largos años y de innumerables experimentos de modernización, hoy, en el caso de México, ya no cree más que en la Virgen de Guadalupe y en la Lotería Nacional, y que dio por resultado la imagen de la cultura como máscara, como un engaño producido por nuestra incapacidad para ser modernos, Brunner nos propone en cambio una visión de la cultura como un espejo en el que la sociedad se mira para comprenderse y tal vez para amarse.

Pero la imagen que nos ofrece este espejo no es de ninguna manera perfecta, pues la cultura está cruzada por múltiples factores que provienen de nuestro entendimiento, de la ciencia, el lenguaje y el temperamento de los sujetos. Se trata pues de un *espejo trizado* al que nos miramos para interpretarnos, ineludible condición de nuestra propia posibilidad de comprendernos, en el cual estamos atrapados puesto que somos lenguaje y comunicación. Y si además de esta condición a la que estamos arrojados añadimos la permanente transición entre dos tiempos, entre el tiempo de lo permanente y el de lo efímero, el de la constante tensión por el cambio, lo que queda de la imagen que este espejo nos puede ofrecer, se volatiliza en un caleidoscopio inabarcable pero al mismo tiempo necesario e irrenunciable.

La cultura es ese espejo trizado, difícil de agarrar, inútil, hasta cierto punto, en el sentido de que no tiene la finalidad de servir para algo. Es tanto el espejo de nuestros traumas como el de nuestras ilusiones y nuestras utopías, nuestro proyecto de lo que podemos ser y en lo que podemos transformarnos. Su comprensión es, finalmente, condición de nuestra modernidad, una modernidad —dice Brunner— esencialmente idéntica a la de los primeros países de occidente que la alcanzaron, pero distinta en la medida en que hay diversas maneras de experimentarla, y cuyo principal reto es encontrar los cauces para vivirla con autenticidad más allá incluso de las especificidades nacionales y populares de nuestro universo latinoamericano.

Eduardo Nivón Bolán

Universidad Autónoma Metropolitana/Iztapalapa